

# Juan Mayorga, Premio Nacional de Teatro

José Monleón

Empecemos por resumir los datos esenciales de su biografía profesional. Juan Mayorga entró en el teatro español con *Siete hombres buenos* (Accésit del Premio Marqués de Bradomín, 1989). Desde entonces ha escrito numerosas obras, entre las que merecen ser destacadas: *Más ceniza* (Premio Calderón de la Barca, 1992; estrenada en el 94), *El traductor de Blumemberg* (estrenada en Buenos Aires en el 2000), *El sueño de Ginebra* (estrenada en 1996), *El jardín quemado*, *Cartas de amor a Stalin* (Premio Born, 1998; estrenada en el CDN, en 1999), *El Gordo y el Flaco* (estrenada en el 2000), *Camino del cielo* (Premio Enrique Llovet, 2003; estrenada en Málaga ese mismo año y en el CDN el año siguiente), *Sonámbulo* (estrenada en el 2003), *Animales nocturnos* (estrenada en el 2003), *Últimas palabras de Copito de Nieve* (estrenada en el 2004), *Job* (estrenada en el 2004), *Hamelin* (estrenada en el Teatro de la Abadía, en el 2005) hasta llegar a *La paz perpetua*, cuyo estreno está previsto esta temporada en el CDN. Varios de estos títulos han sido representados en varios países de Europa y América Latina —*Cartas de amor a Stalin* y *Camino del cielo en primer lugar*— y muchos de ellos han sido traducidos al francés, griego, italiano, inglés, portugués y serbocroata. Guillermo Heras y Andrés Lima son los dos directores más vinculados a su obra, merecedora de varios premios que culminan ahora con el Premio Nacional. Importante es también en su currículo *Alejandro y Ana. Lo que España no pudo ver del banquete de la boda de la hija del Presidente*, que escribió con Juan Cavestany y presentó en el Salón Lady Ana de Madrid. Completamos esta apresurada ficha recordando su autoría de muy celebradas versiones, que incluyen los nombres de Calderón, Lope de Vega, Durrenmatt, Lessing, Dostoyewski, Ibsen, Eurípides y Shakespeare. *Fedra* y *El rey Lear* serían los títulos correspondientes a estos dos últimos autores, estrenados ambos con una excelente acogida, respectivamente, en los festivales del pasado verano y en el María Guerrero, bajo la dirección de Mario Gas y de Gerardo Vera. Añadamos aún que forma parte del prestigioso colectivo El Astillero, de Madrid, y que es profesor de Filosofía y Dramaturgia en la Real Escuela Superior de Arte Dramático.

Estamos, pues, y de ahí la pertinencia de la ficha precedente, ante alguien que posee una amplia experiencia y que,

a su vez, sigue dando pasos hacia delante en su investigación y su afirmación como autor. Años atrás, en el seminario Teatro y Sociedad, organizado por la Asociación Cultural Sociedad y Progreso en la SGAE, intervino con una ponencia, titulada «Cultura global y barbarie global», donde, a mi modo de ver, hacía varias declaraciones substanciales para entender en buena parte su valor y su vigencia. Frente a los discursos personalistas en los que determinados autores ponen el acento en sus convicciones y en la necesidad de proyectarlas a través de su obra, Mayorga apela a su inserción en la sociedad, a un acercamiento al espectador, que debe ser, en definitiva, quien interprete, complete y dé un sentido último a la representación. Si, a menudo, el autor literario se ha visto aureolado por el poder propio de quien se dirige a los que guardan silencio, Mayorga retomaría la idea, a la que debe el teatro clásico griego buena parte de su grandeza, de que los personajes son algo así como representantes de los espectadores que han subido al escenario para hacerse preguntas e intentar afrontarlas con los comportamientos. El gran teatro no estaría tanto en la escena como en lo que sucede en el interior del público, al igual que el pensamiento político debería fluir de la reflexión de las audiencias mucho antes que de las afirmaciones categóricas de los líderes. Transcribiré unas líneas de la citada intervención de Mayorga en el Simposio del 99, para precisar mejor su alcance:

«El verdadero creador de una cultura crítica es la comunidad. Una cultura crítica es una cultura sin guardianes. No hay en ella nombres sagrados, ni lugares sagrados, ni tiempos sagrados. No hay en ella santos ni iglesias. No hay en ella ámbitos fuera del alcance de la crítica. De ahí que una cultura crítica pueda encontrar resistencias en el narcisismo de los productores de cultura. Pero una comunidad crítica sabe que la cultura es demasiado importante para dejarla solo en manos de sus productores. Una comunidad crítica sabe que, llegado el momento, los líderes de la producción de cultura pueden ser líderes de la barbarie.

En cambio si es capaz de contener su infantil propensión al egoísmo, el productor de cultura puede contribuir muy activamente a la formación de una comunidad cuyo eje sea el diálogo crítico. Puede ayudar a hacer democracia.

(Sigue en página 31)

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:



(Viene de contraportada, página 32)

## Juan Mayorga, Premio Nacional de Teatro José Monleón

Puede ayudar a romper la alienación de unos seres humanos respecto de otros a que aboca el mercado».

Es evidente que la cultura del mercado está muy poco interesada en las ideas de Mayorga. Como acabamos de ver en los análisis de los resultados de las últimas elecciones, prima el juicio acerca de los posibles errores o aciertos estratégicos de los contendientes, el destino del perdedor o las quinielas ministeriales, sobre el juicio de los programas, de sus carencias, sus valores o sus contradicciones. Y muchos votantes han asumido el papel de disciplinados altavoces, lejos de esa cultura crítica que reclamaba Mayorga. Y a la que él ha sido siempre fiel, mostrando, como en *Cartas de amor a Stalin*, la rebelión del escritor frente a

la imposición ideológica, como en *Camino del cielo*, la falsedad de tantas imágenes supuestamente «históricas» y prefabricadas interesadamente o, en *La paz perpetua*, el uso «preventivo» del conflicto entre seguridad y libertad prescindiendo de sus causas.

Hay en Juan Mayorga, aparte de sus virtudes dramáticas y de su dominio de la escritura, una coherencia ética y un rigor de pensamiento que se alzan frente a todos los productores de cultura —en su más amplio sentido y no solo en términos de teatro— que cifran su gloria en saber vender su ingenio o su ideología. En ganar a cualquier precio, sin que importe la mercancía. El Premio a Juan Mayorga es un respiro. ■



© Maite Onetti

*El chico de la última fila*, de Juan Mayorga. Dirigido por Helena Pimenta.